

UN PARAGUAS EXTRAORDINARIO



10
CTVS.

Un Paraguas

Extraordinario

118 x 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA



Un paraguas extraordinario

El duendecillo Lindo vivía en una casita situada en el pueblo del Manzano. Poseía dos cuartos, una cocina y un dormitorio, y delante de la puerta había un jardincito suficiente para sus necesidades.

Lindo era el único habitante del pueblo que no trabajaba. Tenía una renta de diez pesetas por semana, que le mandaba su tía, y así podía vivir bien. Incluso podía satisfacer su gula, porque le gustaban mucho las cosas buenas.

En el pueblo todo el mundo se dedicaba a una u otra ocupación, a excepción de Lindo, que era el más perezoso del reino.

Cierto día el duendecillo fué a visitar a su tía, quien le dijo que le guardaba uno o dos trabajillos, como, por ejemplo, arreglar la puerta del jardín, que chirriaba mucho. Eso, aparte de la escalera de mano, que también estaba descompuesta.



—QUIERO QUE ME ARREGLES LA ESCOBA—LE DIJO
SU TÍA

—Bueno—dijo Lindo, bastante enojado, pues no le gustaba ocuparse en ningún trabajo, sino que habría preferido tenderse en la hamaca y mecerse a su gusto—. Primero voy a tenderme un rato.

En efecto, se dirigió a la hamaca, mas, apenas habían pasado dos minutos, cuando se quedó dormido. Continuó así por espacio de dos horas y, de pronto, oyó que su tía lo llamaba, muy enojada.

—¿Dónde te has metido, Lindo? ¿Por qué no has hecho lo que te encargué? La puerta chirría aún, la escoba está sin mango y la escalera sin arreglar. Eres muy malo.

Lindo saltó de la hamaca y se dirigió al cobertizo del jardín. Tomó la aceitera para engrasar las bisagras de la

puerta, pero, como tenía prisa, echó demasiado aceite, derramándolo sobre la misma puerta. Y no se entretuvo en limpiarlo con un trapo, sino que echó a correr para reparar la escoba.

Se apresuró a clavar un clavo en el mango y luego dedicó su atención a la escalera. Vió que tenía un tramo roto y comprendió que para reemplazarlo habría de emplear una hora.

—¡Maldito sea! —exclamé contrariado—. No puedo hacer eso. Más valdrá pegar el tramo roto y decir a mi tía que ya está arreglado. No se enterará.

En efecto, así lo hizo. Luego se dirigió a su tía, preguntándole:

—¿Mé llamabas, tía? Ya he llevado a cabo todo lo que me encargaste, de modo que no debes estar enojada.

—Bien, veo que eres un muchacho bueno—contestó la tía—. Ven a merendar, porque he preparado jalea de fresas, y luego te daré diez pesetas antes de que te vayas.

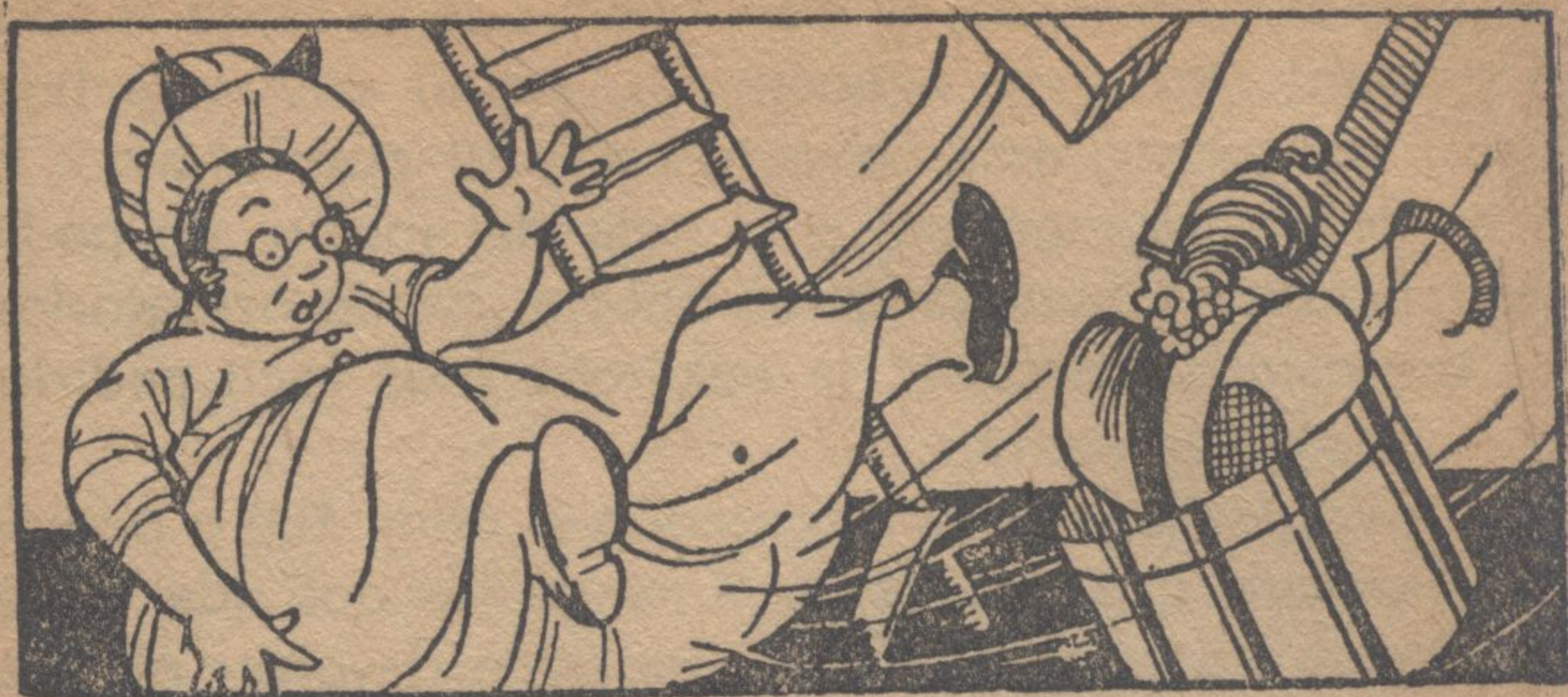
Lindo se sentó a comer la jalea, pero cuando ya la terminaba, entró la señora Sonrisas, muy amiga de su tía. Llevaba un traje de seda azul y, al cruzar la puerta del jardín, se le manchó de aceite. La señora Sonrisas estaba muy enojada. Dirigióse a la señora de la casa y le mostró lo sucedido, diciéndole:

—Mire usted mi traje nuevo, estropeado. ¿Qué había en la puerta?

—Oye, Lindo —dijo la tía enojada—. ¿Supongo que después de engrasar las bisagras habrás limpiado el aceite?

Lindo no contestó, porque estaba muy avergonzado.

—He venido a rogarle que me enseñe su gorro nuevo —dijo la señora Sonrisas mientras se limpiaba el traje.



LA BUENA SEÑORA SE CAYÓ Y, CON ELLA, MULTITUD DE PAQUETES.

—Con mucho gusto—contestó la tía—. Está en lo alto del armario. Tráeme la escalera, Lindo.

En cuanto él la hubo traído, la tía subió, pero apenas puso el pie en el tramo roto, se cayó e, instintivamente, se agarró a los paquetes que había en el armario y que le cayeron todos encima.

—¡Sinvergüenza! —exclamó la buena mujer—. No has arreglado la escalera, me he hecho daño en la rodilla y mira lo ocurrido.

La señora Sonrisas la ayudó a ponerse en pie y luego fué en busca de la escoba, para barrer el suelo. Pero en cuanto la empuñó se le quedó el mango en las manos.

—¿Qué es eso?—exclamó la tía, irritada—. Tres cosas te he pedido y ninguna me has hecho. En lo venidero no te daré más que cinco pesetas por semana, hasta que vea que sabes y quieres trabajar.

Lindo recibió, pues, sólo cinco pesetas por semana, y, por otra parte, su tía estaba enojada con él.

6 UN PARAGUAS EXTRAORDINARIO

Como se comprende, la disminución de su renta le causó grandes trastornos económicos. Aquel dinero le bastaba para comer, mas no para comprar cosa alguna. Si se le rompía la regadera o la pala del jardín, no podía reemplazarla, y aunque quizá habría podido arreglarlas, era demasiado perezoso; le resultaba más fácil pedir las prestadas a sus vecinos.

Un día, por habersele estropeado el reloj, fué a pedirle a la huevera que le prestara uno de los dos que tenía. Pero como no arregló el suyo, no pudo devolver el otro. También pidió a la tía Guedejas que le prestase una lámpara para la cocina, prometiendo devolverla en cuanto hubiese arreglado la suya, pero ni siquiera pensó en eso, de modo que la buena mujer vió pasar las semanas sin recobrar su lámpara. En breve Lindo tuvo la casa llena de cosas prestadas. Pero él no pensaba siquiera en componer las suyas propias. ¿Para qué molestarse si sus vecinos eran tan buenos?

Un día rompió su paraguas y al observar que su reparación le costaría un par de horas, prefirió ir a pedir al vendedor de globos uno de los dos que tenía.

—Lo siento mucho —le contestó este último—, pero presté uno a mi primo y el que me queda lo necesito para ir vendiendo mis globos, cuando llueve.

Lindo acudió a la tía Abejorro, con la misma pretensión, pero ella le contestó:

—No tengo más que un paraguas. Y si te lo prestase no me lo devolverías. Te advierto que estás adquiriendo muy mala fama con esta costumbre. Por ejemplo, ¿dónde está el escalfador que te presté hace un mes?

Lindo se sonrojó y se apresuró a alejarse. Fué a pedir un paraguas al elfo Gobo, que vivía cerca de su casa,



LINDO ROGÓ AL HOMBRE DE LOS GLOBOS QUE LE PRESTARA EL PARAGUAS

pero el otro le contestó que no tenía ninguno.

—¿Qué haré?—preguntó Lindo, subiéndose el cuello de la chaqueta, porque llovía mucho—. Podría pedir el paraguas a la tía Tripitas, pero, como llueve mucho, me pondré perdido si atravieso el prado comunal.

Al fin no tuvo otro remedio y echó a correr para atravesar el prado, poniéndose como una sopa, porque llovía a más y mejor.

Llegó por último a casa de la tía Tripitas y le rogó que le prestase un paraguas. La buena señora estaba ocupada en poner dos tazas de chocolate en una bandeja y, muy enojada, le contestó que no tenía ningún paraguas que prestar.

Lindo echó a correr, mas, al pasar por delante del soportal de la casa, vió apoyado en la pared un bonito paraguas. Era precioso; rojo con topos amarillos y el mango de color verde. Y en la punta había una especie de botón, en forma de cabeza humana.

—¿Ah, sí? ¿De modo que la tía Tripitas no tiene paraguas? Me ha engañado. Y, para vengarme, me llevaré éste. Luego ya se lo devolveré.

Se acercó al paraguas, que, en efecto, era magnífico, lo tomó y echó a correr.

En cuanto estuvo a cierta distancia, lo abrió para resguardarse de la lluvia. ¡Ah! ¡Si hubiese visto la cabeza que había en la punta! ¡Cómo se reía y hacía guiños maliciosos!

Lindo se dirigió a casa del gnomo Lonao, pero ¡cuál no sería su asombro al observar que no podía obligar a sus piernas a tomar aquella dirección! Al parecer, se empeñaban en seguir otra opuesta. De pronto oyó una risita y se preguntó de dónde procedía.

—Parece como si encima del paraguas hubiese algo —pensó. Ladeó un poco el utensilio y miró a la punta. Entonces pudo ver que aquella cabecita estaba burlándose de él—. ¡Oh!—exclamó Lindo, asustado—. ¡Este paraguas es mágico! Más vale que lo tire, antes de que me ocurra algo desagradable.

En efecto, trató de tirarlo a lo lejos, mas no pudo soltar el mango; parecía como si estuviese pegado a su mano. Hizo grandes esfuerzos por lojararlo, pero no lo consiguió, porque el mango le rodeó la mano y la sujetó con fuerza.

—¡Oh!—exclamó Lindo, echándose a llorar—. ¡Este paraguas es mágico! ¿Qué haré?

No tuvo que aguardar mucho, porque el paraguas se ladeó y lo arrastró hacia el Noreste, como si fuese impulsado por un fuerte viento.

Lindo se vió obligado a echar a correr, sin poder remediarlo, de modo que a los pocos momentos empezó a jadear sin aliento y sin poder soltar aquel mango maldito.

—¿Adónde me llevará? —se preguntaba lloroso—. ¡Dios mío! Es imposible que pertenezca a la tía Tripitas. Debe de ser de alguna persona que la habrá visitado. ¿Por qué lo habré tomado?

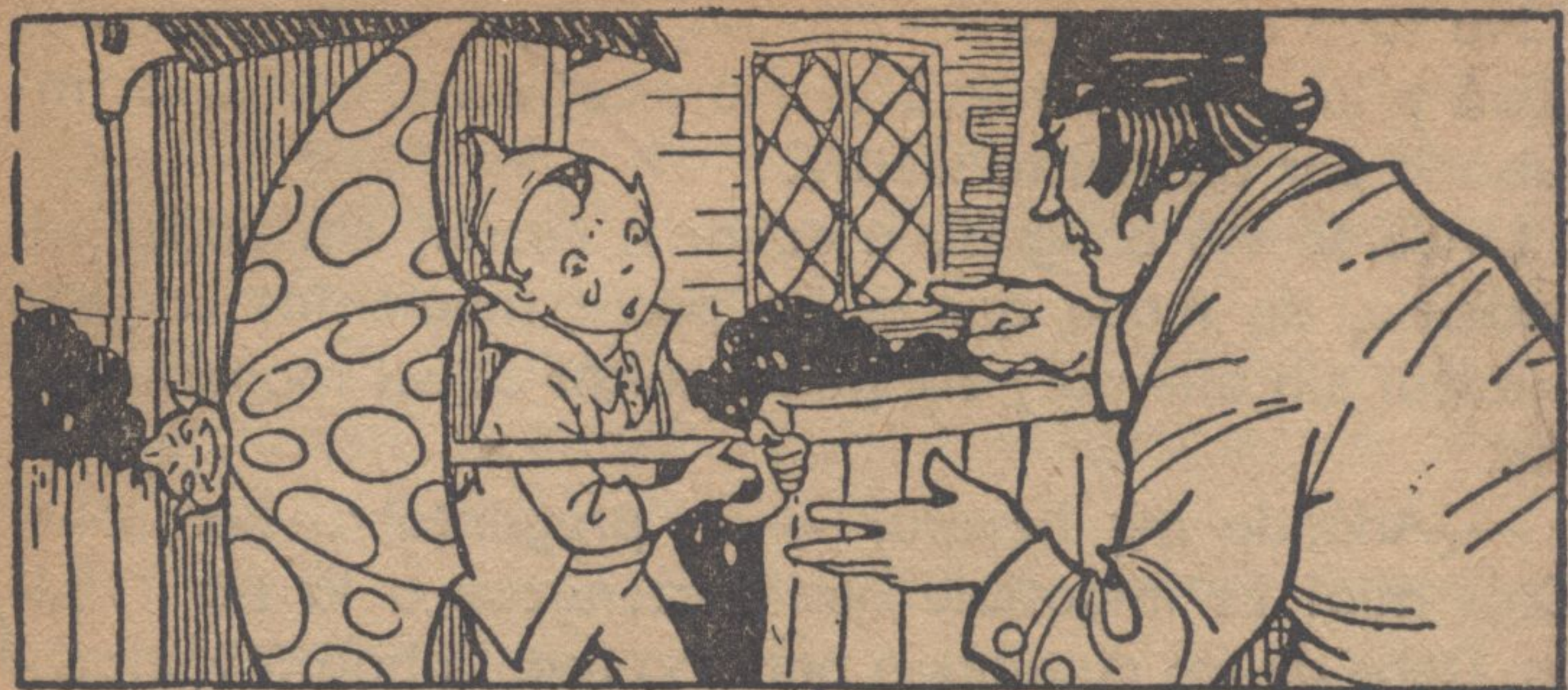
Por fin, después de hacer correr a Lindo cosa de cinco kilómetros, a través de malezas, de piedras y de hoyos, el paraguas llegó a una casita que había en la ladera de una montaña. En la puerta había una placa que decía: "Villa del Brujo Tragón".

Lindo se asustó sobremanera, pues comprendió que el brujo estaría furioso de que le hubiesen quitado el paraguas, obligándolo a volver a su casa mojado.

El paraguas llevó a Lindo a la puerta y allí se detuvo. Al parecer, la casa estaba deshabitada. El brujo no se encontraba en ella, porque había ido a visitar a la tía Tripitas y es imposible describir su cólera, al observar que le habían quitado su paraguas.

—Bueno, encontraré el ladrón en la puerta de mi casa —se dijo—. Ya lo llevará allí mi paraguas. ¡Dios mío, cómo llueve! Me voy a poner hecho una sopa.

Así ocurrió, en efecto, porque se caló hasta los huesos, de modo que, al llegar a su casa, estaba rabioso. Vió el paraguas ante la puerta y notó que el mango tenía agarrada la mano de Lindo. Mientras tanto, la cabecita de la punta se reía hasta derramar lágrimas.



—¡CARAMBA! —EXCLAMÓ ENOJADO—. ¿DE MODO QUE TÚ ERES EL LADRÓN?

—¡Ah! ¿de modo que tú eres el ladrón?—preguntó muy enojado el brujo.

—¡Oh, no! —contestó Lindo, asustado—. Me figuré que este paraguas pertenecía a la tía Tripitas y lo tomé prestado.

—Ya estoy enterado de tus mañas—le contestó el brujo—. Eres un descuidado, que rompes tus cosas, y luego las pides prestadas a los demás y no las devuelves. Eso es robar y ahora te enseñaré a robar mi paraguas.

Abrió la puerta de la casa, tomó el paraguas de la mano de Lindo y lo cerró. Hecho eso, lo colocó en un rincón y ordenó entrar al duendecillo.

—Necesito un criado —le dijo—. Y ahora elige entre que te lleve al policía y le diga que me has robado el paraguas o trabajar aquí durante seis semanas, hasta que vuelva mi criado. Y si tratas de huir, el paraguas te perseguirá y te agarrará. ¿Qué prefieres?



EL BRUJO LE HIZO CORTAR LEÑA HASTA QUE LE DOLIERON LOS BRAZOS

—Pre... pre... prefiero... prefiero... ser... su... su... criado—tartamudeó el duendecillo, muy asustado ante la amenaza de ser entregado al policía.

—Pues, entonces, a trabajar—ordenó el brujo—. Toma un cubo y limpia las ventanas. Luego mondarás patatas y me prepararás la comida.

Lindo empezó a trabajar. Dejó las ventanas resplandecientes. Luego mondó patatas, preparó y coció un pastel y hecho eso, el brujo le obligó a partir leña, hasta que le dolieron los brazos.

Lindo pasó seis semanas espantosas. Se levantaba al amanecer y no podía acostarse hasta haber terminado sus tareas. Había de limpiar la casita, guisar, trabajar en el jardín, partir leña y arreglar lo que se rompía, porque el brujo no quería comprar ni pedir prestada cosa alguna.

Una noche Lindo decidió escapar. Mas, apenas se hubo alejado unos metros de la casa, cuando oyó una risita a su espalda y, al volverse, vió al paraguas que lo perseguía. Se abrió, el puño lo agarró por la mano y lo metió de nuevo en la casa. A la mañana siguiente el brujo lo encontró a la puerta, todavía aprisionado por el paraguas.

—¿No te lo había avisado?—le preguntó—. Bueno, ahora te daré una zurra.

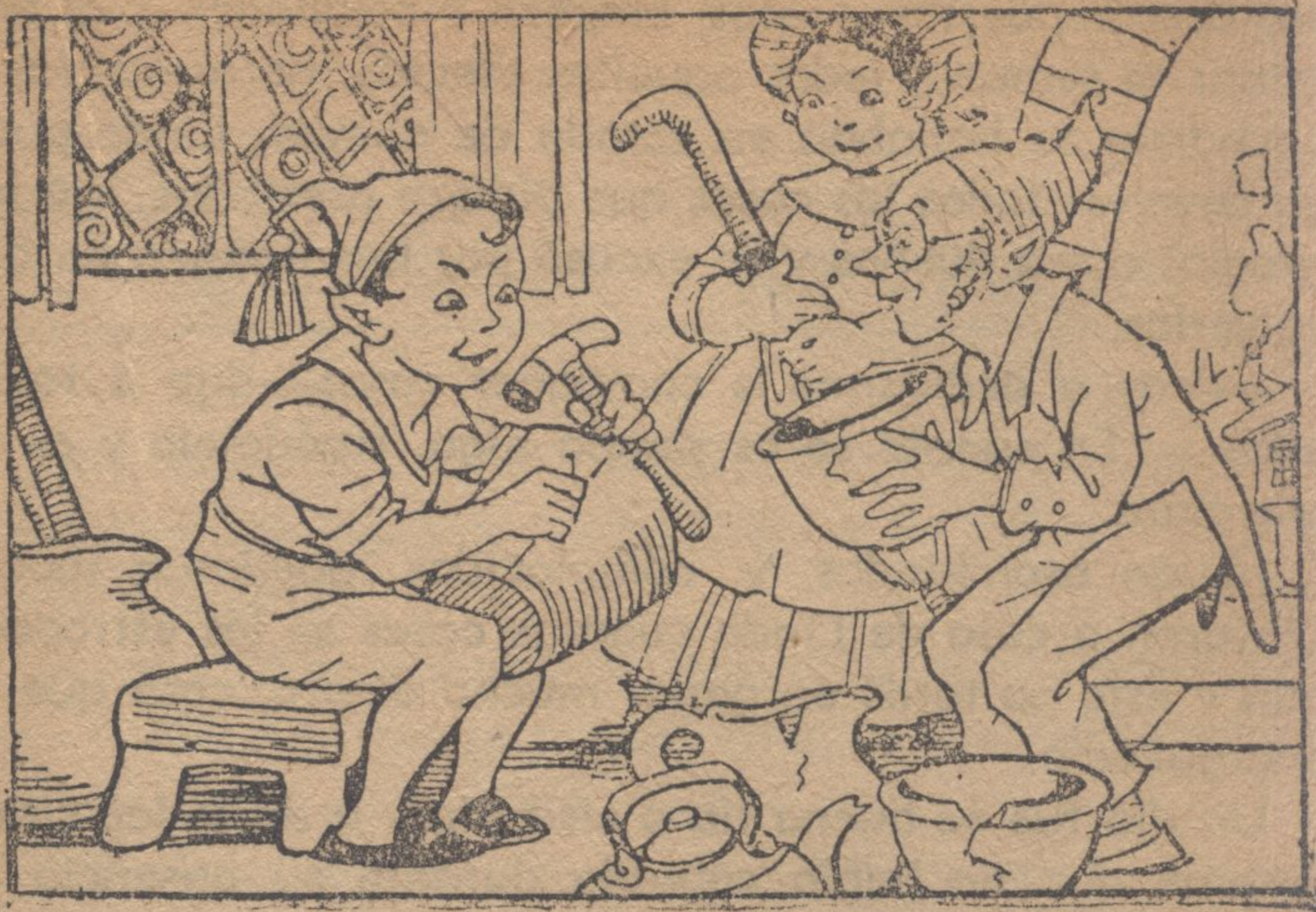
Así lo hizo, en efecto, y aquel día hubo de trabajar doble.

Cuando ya llevaba un mes en la casa, notó que empezaba a gustarle su trabajo. Le agradaba que brillase todo de limpio y también cuidar y arreglar el jardín. Especialmente le complacía componer las cosas rotas, hasta que pareciesen nuevas y así Lindo ya trabajaba, cantando o silbando alegremente.

—Veo que ya empieza a gustarte el trabajo—le dijo una mañana el brujo—. Antes eras un maldito perezoso. Y fíjate ahora en lo hábiles que son tus manos. Te aseguro que sentiré perderte mañana, cuando vuelva mi criado.

—¿Vuelve mañana? —preguntó Lindo disgustado.— Sentiré marcharme. Me aburriré mucho en mi casa, sin tener nada que hacer.

—Bueno, puesto que tienes tan buena mano en componer cosas—dijo el brujo—, ¿por qué no te dedicas a



LLEVARON A LINDO TODOS LOS OBJETOS DESCOM-
PUESTOS.

eso? Creo que en tu pueblo no hay nadie que lo haga y tus convecinos se alegrarían mucho de disponer de tus servicios.

—¡Buena idea!—exclamó Lindo, complacido—. Ahora podré demostrar a todo el mundo que no soy un perezoso inútil.

Al día siguiente regresó el criado del brujo y Lindo se despidió de este último, que le dió un alfiler de corbata en forma de paraguas rojo, para recordarle que nunca más debía mostrarse perezoso. El duendecillo se lo clavó orgullosamente en la corbata y se volvió a su casa.

Una vez en ella y después de ponerla en orden, se dirigió al cobertizo del jardín, donde había multitud de co-

sas descompuestas y rotas. Empezó a componer y, al terminar la semana, todos aquellos efectos, herramientas y cacharros se hallaban en estado de nuevos. Lindo pudo ya devolver todas las cosas que pidiera prestadas, dió las gracias a sus dueños y se excusó por la tardanza en devolverlas.

—Voy a dedicarme a componer cosas—dijo a todos ellos—. En cuanto se os rompa algo, traédmelo y os lo arreglaré.

¡Cuán asombrados y complacidos quedaron todos! Llevaron a casa de Lindo cuantas cosas se les estropeaban y éste no tardó en ganar mucho dinero, cosa que lo enorgullecía.

Un día fué su buena tía a visitarlo y a darle las cinco pesetas que no había cobrado durante su ausencia y, como ya se había enterado de que su sobrino era muy trabajador y hábil, le prometió darle nuevamente las diez pesetas de costumbre. Pero Lindo no quiso aceptarlas.

—Muchas gracias, tía—dijo—. He aprendido que es mucho más honroso ganarme la vida, que recibir dinero de otra persona. Por lo tanto, guárdate este dinero o entrégalo al hospital, porque pienso vivir de mi trabajo y soy feliz.

Cumplió su palabra y su buena tía envió aquel dinero a un hospital. En cuanto a Lindo, me gustaría que lo oyeis silbar alegremente, mientras compone cacharros. Y aun conserva su alfiler de corbata, del que no querría separarse por nada del mundo.

—Ese ha sido el mejor suceso de mi vida—solía decir.—Nunca me arrepentiré de que me llevase aquel paraguas extraordinario.

EL ENORME ABEJARRON

Una mañana, Juanita, jugaba con sus muñecas en el cuarto de los juguetes, cuando entró su mamá y le preguntó qué hacía.

—Juego al casamiento de mis muñecas—contestó Juanita—. Pero no tengo ningún traje blanco para vestir a Angelita. Ella es la novia.

—Sube al desván y busca en el baúl negro que hay junto a la ventana. Allí encontrarás un traje blanco, mío. Bájalo y te ayudaré a cortar y a coser un buen traje de boda para la muñeca.

Así lo hizo Juanita, y levantó la tapa del baúl. Envuelto en papel de seda encontró un traje de satén blanco, de su mamá, pero cuando la niña se disponía a levantarlo, oyó un zumbido y miró a su alrededor, para ver a qué se debía.

—¡Dios mío, es un abejarrón!—exclamó—. Nunca vi otro tan grande. El pobrecito se ha metido en el desván y no halla la salida.

El abejarrón zumbaba de un lado a otro, junto al vidrio de la ventana y Juanita se acercó a mirarlo. Tenía el cuerpo cubierto de pelos pardos y amarillos, y el movimiento rápido de sus alas producían el mayor zumbido que oyera la niña.

—Sal por el agujero que hay encima de la ventana —exclamó Juanita—. Por ahí podrás marcharte.

Pero el abejarrón no la entendió. Seguía golpeando el vidrio, asustado y enfurecido. Quería salir al jardín, a gozar del sol y de las flores, pero no hallaba el modo.

Juanita lo sintió mucho. No se atrevía a tocarlo, para que el insecto no la picase, pero tampoco quiso dejarlo abandonado en el desván.

—¿Qué haré con el pobrecillo?—pensó—. Tal vez si tomo un pedazo de papel y lo voy empujando por debajo, lo guiaré hasta lo alto de la ventana y así podrá salir.

Lo hizo como lo pensó y aunque temblaba su mano por miedo de una picadura, no la retiró a pesar de que el insecto zumbaba con mayor intensidad que nunca.

Con el mayor cuidado lo fué empujando hasta la parte superior de la ventana y entonces el insecto atravesó aquella abertura, desapareciendo. Había vuelto al lado de las flores.

La niña regresó a donde estaba el baúl y tomó el traje blanco de satén. Lo llevó a la planta baja y pronto ella y su mamá se ocuparon en cortar y coser un hermoso traje de novia para Angelita.

¡Qué hermoso era! Trabajaron todo el día y, después de merendar, vistieron a la muñeca. Estaba elegantísima.

—Oye, mamá, déjame que mañana me lleve a Angelita con su traje de novia, cuando vaya a merendar a casa de la tía Rosita.

—Bien—contestó su mamá—. Estoy segura de que a tu tía le gustará verla.

Al día siguiente, cuando llegó la hora de salir hacia la casa de su tía, y Juanita estuvo lavada y vestida, con su traje de seda azul, tomó a Angelita y se la llevó.



—¡VETE!—DIJO JUANITA LEVANTANDO LA MUÑECA.

—Por suerte ya no llueve—dijo la mamá—, y así no se mojará la muñeca. Hace buen sol, pero ten cuidado en no meterte en los charcos.

Juanita salió llevando a la muñeca con su hermoso traje de novia y se alegraba de que no lloviese.

A medio camino se acercó a ella un perro, chapoteando por entre los charcos. Y cuando estuvo al lado de la niña, le olfateó las piernas.

—¡Vete — dijo Juanita levantando la muñeca fuera del alcance del perro—. Me estás ensuciando los zapatos con tus puercas patas. ¡Vete!

De pronto, el perro saltó hacia la muñeca, tratando de quitársela a la niña. Sus enlodadas patas dejaron otras tantas manchas en el traje nuevo de Angelita, de modo que la niña se disgustó mucho.

—¡Oh, vete!—gritó al perro—. ¡Deja en paz a Angelita!

Pero el can no le hizo caso. Creyó, tal vez, que la niña jugaba con él y sintió aumentar su deseo de apoderarse de la muñeca, para romperla entre sus dientes. Juanita estaba desesperada. ¿Qué haría para contener al animal? No vió a nadie que pudiese ayudarla, y el perro, mientras tanto, saltaba cada vez a mayor altura y de modo, probablemente, que no tardaría en alcanzar la muñeca.

De pronto se oyó un fuerte zumbido y apareció un enorme abejarrón. Y, dirigiéndose al tonto del perro, se posó en su hocico. El can dió un gemido, porque el insecto lo picó fuertemente. Luego, abandonándolo, dió un par de vueltas en torno de la cabeza de la niña y desapareció. El perro se frotó el hocico con una pata y, gimiendo, se alejó por el camino. Angelita se había salvado.



EL ABEJORRO SE POSÓ EN EL HOCICO DEL PERRO

—Es maravilloso que este abejarrón me haya ayudado así—pensó Juanita—. Sin duda es el mismo al que ayudé ayer. Era tan grande y hermoso como éste y zumbaba de igual modo. ¡Cuánto me alegro de haberlo hecho salir por la ventana! De lo contrario, no habría estado aquí hoy, y no hubiese podido salvar a Angelita.

Una vez en casa de su tía, refirió lo sucedido con el perro y el abejarrón.

—Ese insecto ha salvado a Angelita de ser destroza-

da y también ha evitado que le rompiesen el traje. Me parece que era el mismo abejarrón al que hice salir por la ventana. ¿No te parece, tía?

—A mí también me parece que era el mismo—le contestó la buena señora.



EL OSITO ASUSTADO

Una vez Emilia llevó a su osito de compras y, como no era muy grande, lo sostenía en sus brazos. Al volver a su casa la niña notó que se le había desabrochado un zapato y, dejando el osito en un escalón inmediato, se lo abrochó. Mas, al emprender nuevamente el camino de su casa, se olvidó del juguete.

Allí quedó el pobre en el escalón que había ante la puerta de una casa extraña, extraviado y solo. Vió cómo Emilia se alejaba y esperó que se volvería para recogerlo. Mas no ocurrió así. La niña se acordó de que había pastel de chocolate para la cena y, a toda prisa, volvió a su casa.

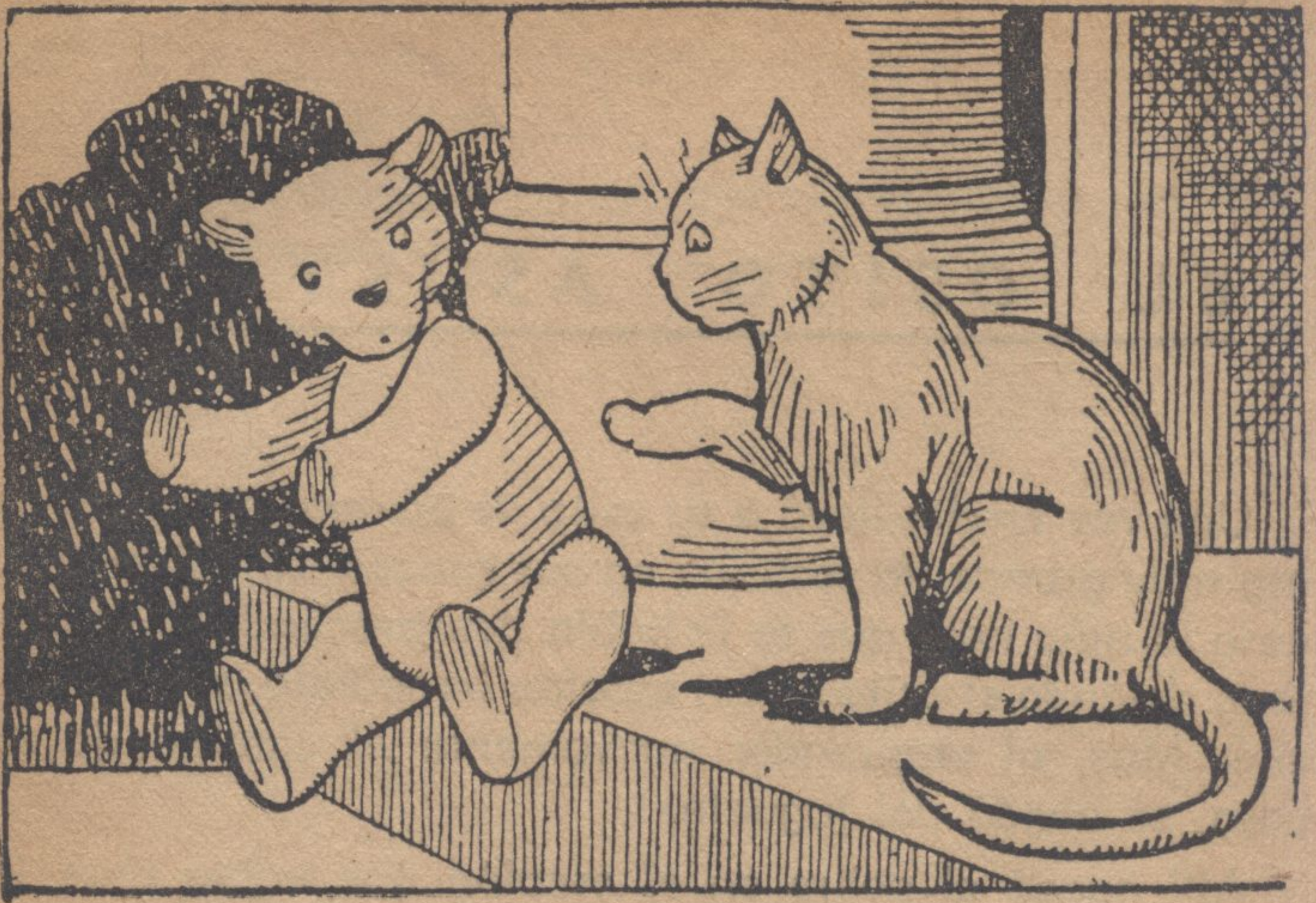
De pronto, un gato rubio se acercó y miró al osito.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó—. Esta es la puerta de mi casa. ¿Cómo te has atrevido a quedarte en ella?

—Lo siento mucho—contestó el osito, levantándose presuroso—. Lo ignoraba. Mi ama me dejó aquí.

—¡Bueno, lárgate!—replicó el gato, sentándose y rodeando su cuerpo con el rabo—. Me revientan los ositos.

Al mismo tiempo, extendió una pata y empujó con fuerza al osito, el cual se cayó de nariz y luego, temeroso de que el gato le arañase, se puso en pie y echó a correr por la calle.



EL GATO EMPUJÓ CON LA PATA AL OSITO

Lo descubrieron dos niños y una niña y, muy sorprendidos, se detuvieron a mirarlo.

—¡Oh! —exclamó la niña—. Mirad a ese osito que anda solo.

—¡Vamos a agarrarlo!—replicaron los niños.

Y los tres echaron a correr, en persecución del osito. Este, asustado, empezó a correr a su vez y con tanta prisa, que los niños no podían alcanzarlo.

Jadeaba, casi sin aliento, y estaba persuadido de que no tardarían en cogerlo. Vió a corta distancia el carreton de un panadero, cuya puerta posterior estaba abierta, dejando ver los panes que contenía. El osito dió un salto

y fué a caer al interior, en donde se ocultó detrás de un pan de dos kilos.

Los tres niños llegaron corriendo y se quedaron muy asombrados al ver que el osito había desaparecido.

—¿Adónde habrá ido?—se preguntaron tan cerca del carro, que el osito temió que lo descubriesen.

—Se habrá metido en un jardín—dijo la niña—. Vamos a buscar por ahí.

Siguieron calle abajo, asomándose a la puerta de los jardines. Pronto se perdieron de vista y el osito dió un suspiro de alivio. Disponíase a salir del carretón, cuando llegó el panadero y metió la mano para sacar el pan de dos kilos. Y, al ver al osito, exclamó sorprendido:

—¿Qué es eso?

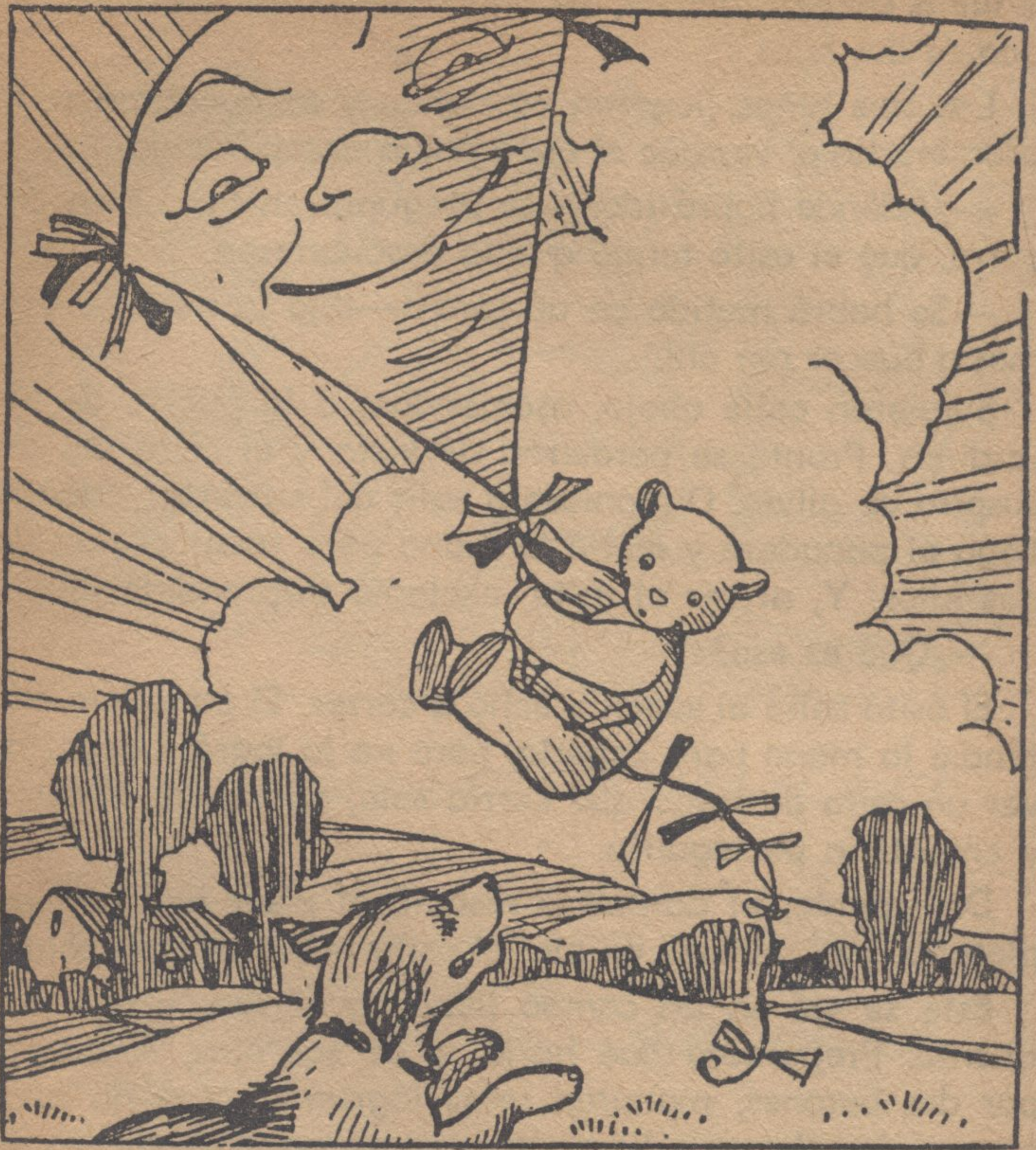
El osito saltó al suelo, y echó a correr. El panadero extendió la mano para cogerlo, pero no lo logró. Luego, al ver un osito de trapo que corría solo, abandonó el cesto y empezó a perseguirlo.

De repente, el panadero resbaló al pisar una piel de plátano, y al ponerse en pie, el osito había desaparecido.

Este se vió en un campo lleno de hierba, y casi sin aliento. Preguntóse qué haría, y de sus ojos, formados por dos botones, manaron unas lágrimas. Mas no tuvo tiempo de echarse a llorar, porque en aquel momento se acercó un gran perro negro y lo olfateó.

—¡Qué horrible animal! —pensó el osito, dando un salto de miedo. ¿Se lo comería acaso? Y al ver los fuertes dientes del perro, emprendió otra vez la fuga.

El perro lo siguió. El osito ya no podía correr rápidamente a causa de la fatiga y comprendió que su enemigo lo alcanzaría pronto.



EL OSITO SE AGARRÓ A LA COLA DE LA COMETA

Cuando más apurado estaba, vió en el suelo la cola de una cometa, caída en aquel campo, porque el viento le rompió el cordel.

—¡Oh, cometa!—exclamó el osito acercándose a ella.

¡Ayúdame, por favor! Llévame lejos de ese horrible perro.

Agarróse a la cola de la cometa y ésta se levantó, de repente, en el aire, llevando consigo a su extraño pasajero. El perro se detuvo, muy asombrado, y aunque trató de alcanzar al osito, dando un salto, no pudo conseguirlo, porque la cometa se había elevado bastante.

El osito se agarraba con todas sus fuerzas a la cola de la cometa, que atravesaba velozmente los aires.

—Dentro de un momento habré de caer—dijo la cometa—. El viento ya casi no sopla y ya sabes que no puedo volar sin él.

En efecto, poco después la cometa se cayó al suelo, y fué a parar a un jardín. De la casa salió una niña para ver qué ocurría, y no podéis figuraros el asombro del osito al reconocerla. Era Emilia, su amita, la misma que lo dejara olvidado.

—¡Oh, la cometa me ha devuelto el osito!—exclamó la niña, tomándole y acariciándolo—. ¡Oh, querido osito! Creí haberte perdido para siempre. ¡Cuánto me alegro de tenerte a mi lado! ¡Qué buena ha sido la cometa! Y aunque está muy sucia, voy a ponerla en el cuarto de mis juguetes, en premio de su acción.

Así la cometa fué a vivir con el osito, que estaba muy contento al verse, de nuevo, en su casa. Todos sus amigos lo acogieron cordialmente y no hay que decir cuánto les asombró el relato de sus aventuras.

En cuanto a la cometa, era una heroína, y ella y el osito fueron muy buenos amigos durante toda su vida.

EL NIÑO QUE LLORO

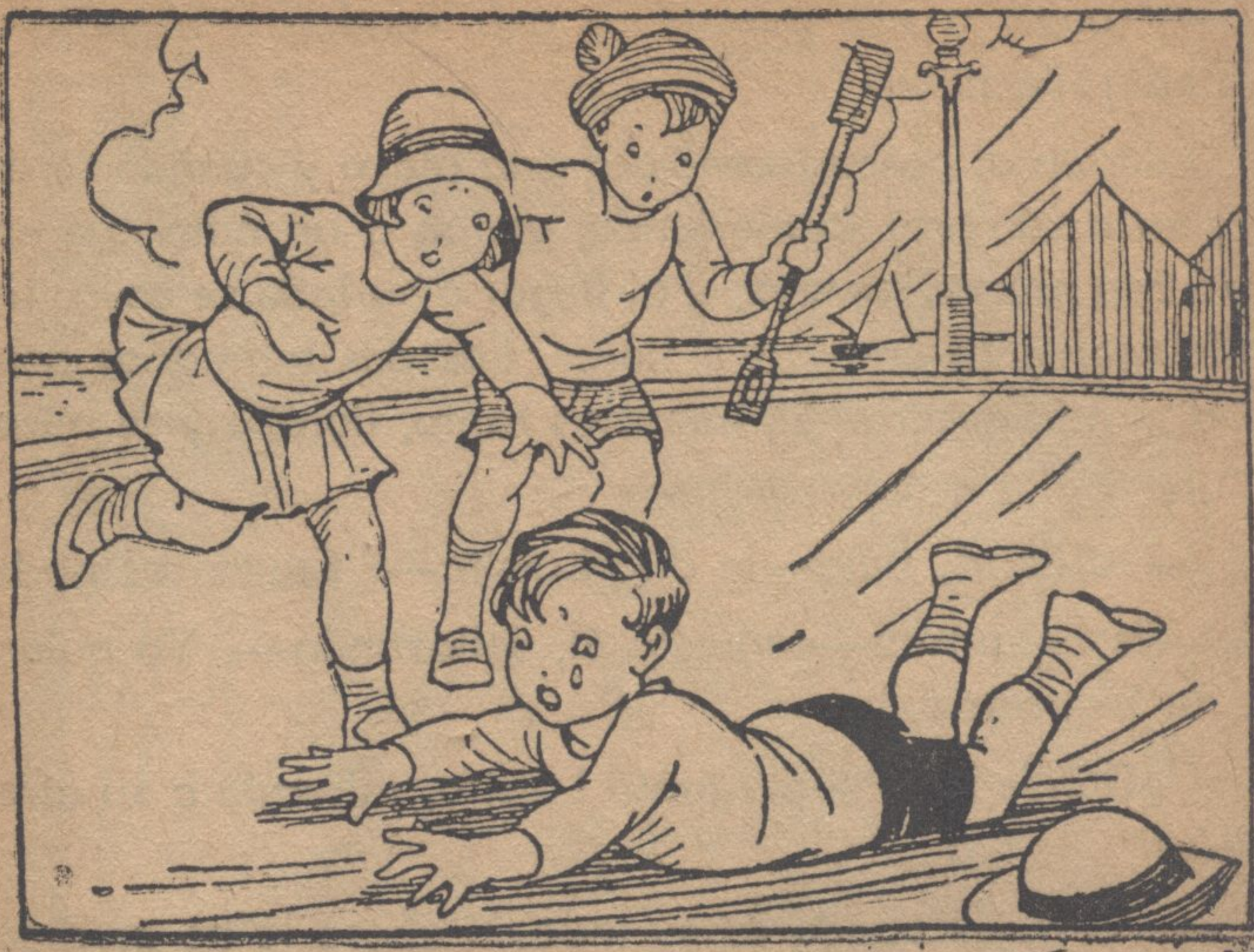
Pedro y Luisa fueron muy buenos durante toda la mañana, pues se ocuparon en limpiar y arreglar los rosales de mamá. Y como trabajaron mucho, la buena señora estaba muy contenta de ellos.

—Esta tarde iréis a divertirlos—les dijo—. Por de pronto, ahí va una peseta. Tomad el autobús para ir a la playa, en lo cual gastaréis veinte céntimos; emplearéis sesenta céntimos en la merienda y con los veinte restantes volveréis a casa. ¿Os gustará eso?

Los niños le contestaron entusiasmados, por aquel proyecto, de modo que, después de comer, tomaron el autobús para ir a la playa, que estaba muy cerca del pueblo, y empezaron a jugar. Pero habían visto a un hombre que vendía sorbetes.

—Vamos a tomar un sorbete—dijo Pedro—. Nos costarán diez céntimos cada uno.

Así lo hicieron y luego, tras de descalzarse, empezaron a hacer castillos de arena.



AL LLEGAR A SU LADO SE CAYÓ

Cuando se cansaron de ello, buscaron unas algas por entre las rocas para llevárselas a casa, a fin de poder predecir el tiempo. Y muy en breve tuvieron hambre.

—¡Caramba, en el reloj de la iglesia acaban de dar las cuatro y media!—dijo Luisita—. Es hora de merendar. ¿No tienes hambre, Pedro?

—Sí—contestó éste, mientras se calzaba—. ¿Qué vamos a tomar, Luisita? No nos quedan más que cuarenta céntimos, porque es preciso guardar veinte para el autobús.

—Vamos a ese puesto en que venden meriendas— aconsejó la niña.

Salieron al paseo inmediato a la playa y cuando se dirigían a comprar la merienda, vieron a un niño que corría con mucha rapidez, y al llegar a su lado se cayó. Inmediatamente empezó a llorar. Los dos hermanos acudieron a socorrerlo. El, mientras tanto, lloraba y se miraba la rodilla que sangraba.

—No llores, niño—le dijo Luisita—. Eso no es nada.

—Es espantoso—contestó él, sollozando—. Yo quiero a mi institutriz.

—¿Dónde está?—preguntó Luisita, mirando a su alrededor.

—Me he escapado de su lado. Y ahora la he perdido.

—Entonces has obrado muy mal—le contestó Luisita, sin más resultado que hacer redoblar su llanto al niño.

—Vamos a llevarlo a la fuente y le lavaremos la rodilla—aconsejó Pedro.

Así lo hicieron, y aunque le limpiaron todo el barro de la rodilla, observaron que seguía manando la sangre. Y el niño, al verlo, reanudaba su llanto.

—Es preciso vendármela—exclamó sollozando.

—Mira, ahí hay una farmacia—dijo Pedro a su hermana—. Ve a comprar un poco de vaselina y diez céntimos de vendaje.

La niña echó a correr y no tardó en volver con una cajita y un paquete de venda.



—¿DÓNDE HAS ESTADO, HIJO MÍO?—PREGUNTÓ

—La vaselina me ha costado diez céntimos y la venda quince. Poco dinero nos queda para merendar, Pedro.

—No importa—contestó el niño. Puso un poco de vaselina en la rodilla del herido y luego se la vendó muy bien.

—Ahora llevadme a casa—dijo aquel niño, ya más tranquilo.

—¿Dónde vives?—preguntó Luisita.

—En la calle Alta.

—¡Pero si eso está en el otro extremo del pueblo!—dijo Luisita—. Es demasiado lejos para ir a pie con la pierna herida.

—Bueno, tomaremos el autobús—dijo aquel niño—. ¿Tenéis más dinero?

—Poco queda, pero, en fin... —contestó Pedro.

Tomaron el autobús y acompañaron a aquel niño a su casa. Cuando subían los escalones de la puerta principal, ésta se abrió, de pronto, para dar paso a una hermosa señora, seguida de una institutriz que lloraba.

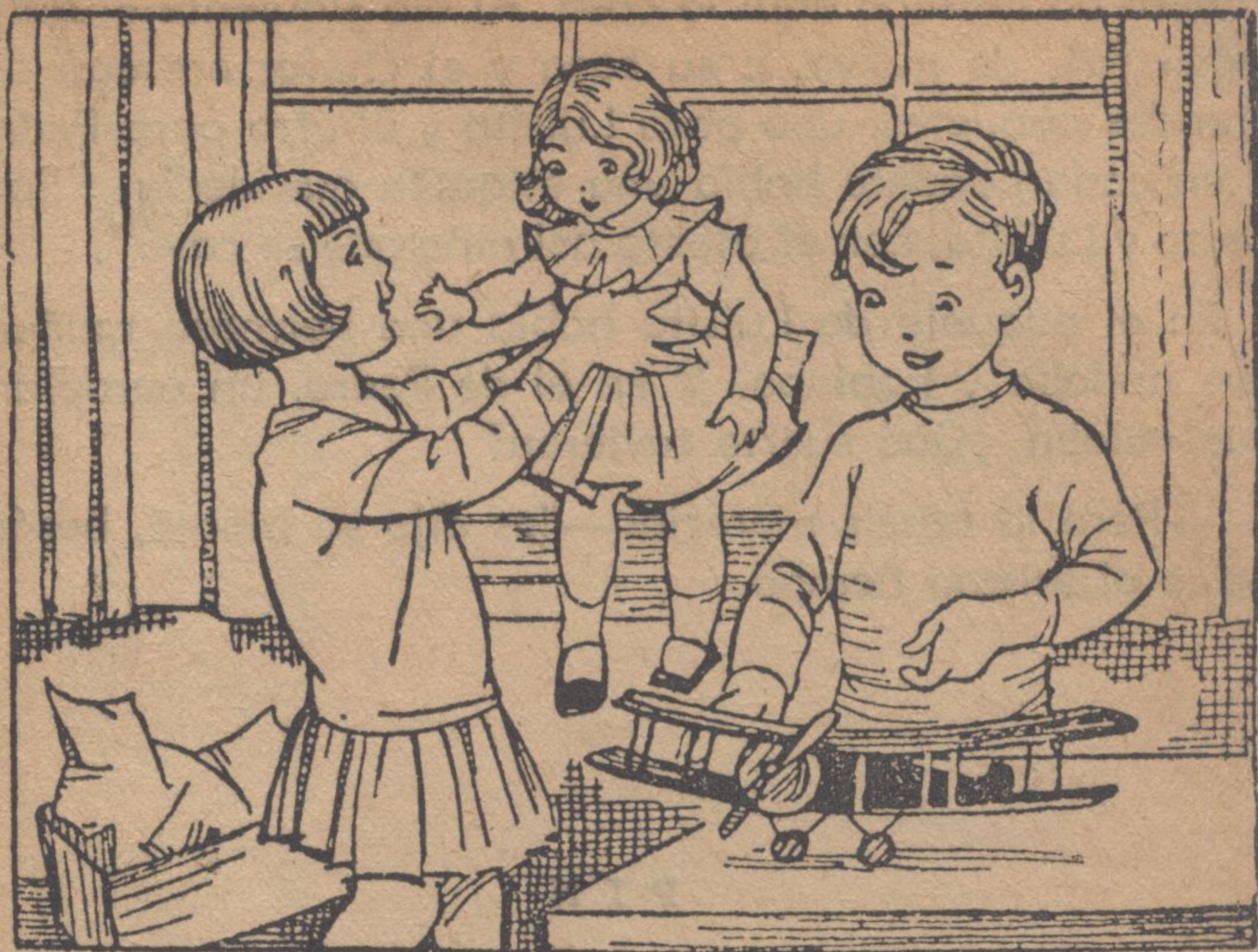
—¿Dónde has estado, precioso?—exclamó dirigiéndose al niño—. ¡Qué cuidado nos has hecho pasar!

El niño hizo entrar a Pedro y a Luisita y refirió lo sucedido a su madre. ¡Qué agradecida quedó ella!

—Sospecho que mi hijo habrá sido causa de que hayáis retrasado la merienda—observó.

—No podrán merendar—contestó el niño—. Se han gastado todo su dinero conmigo. Dales de merendar.

—¡Naturalmente!—exclamó la buena señora—. Sois



EN EL PAQUETE DE LUISITA HABÍA UNA MUÑECA
Y EN EL DE PEDRO UN AEROPLANO

muy buenos, Pedro y Luisita. Venid. Luego os haré llevar a vuestra casa en el automóvil.

¡Qué magnífica merienda les dieron! Jalea de tres clases, un pastel, chocolate, bizcochos, leche y luego jamón en dulce. Pedro y Luisita comieron de lo lindo.

Después los llevaron a su casa en un magnífico automóvil. ¡Qué sorprendida se quedó su mamá al verlos! La señora le dió cuenta de lo que habían hecho en favor de su hijo, y no hay que decir cuán orgullosa quedó su madre.

Pero no terminó aquí la cosa. Al día siguiente el automóvil fué, de nuevo, a su casa y el chófer entregó dos grandes paquetes, uno para Luisita y el otro para Pedro. Y en cada paquete había una etiqueta que decía: "Para Pedro y Luisita, con el afecto del niño que se cayó".

En el paquete de Luisita había una hermosa muñeca que andaba y hablaba. Y en el de Pedro, un aeroplano que volaba. ¡Qué suerte tuvieron!

—Pero la tenéis merecida—les dijo su mamá, besándolos al mismo tiempo.

F I N

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



UNA GRAN
AVENTURA

de

POPEYE

en

Simbad el Marino

El invencible Popeye os ofrece su más emocionante aventura. - Luchas épicas, venciendo a fantásticos animales, monstruos y hasta al sin igual Simbad el Marino. - Ayudado por la esbelta Serafina y el incansable devorador de salchichas Pancita; el gran Popeye os hará reír con sus trucos siempre nuevos.

Precioso libro ilustrado con cubierta y 16 láminas a cuatro colores y gran cantidad de dibujos en negro, por E. C. SEGAR.

PRECIO \$ 2.—

URGEL 245

BARCELONA



BUENOS AIRES

GOROSTIAGA 1650